



LIBRO I.

A ORILLAS DEL MAR.

(IDILIOS).

FLOR DEL ALBA

Las montañas de Occidente  
La luna traspuso ya;  
El gran lucero del alba  
Mírase apenas brillar,  
Al través de los nacientes  
Rayos de luz matinal;  
Bajo su manto de niebla

Gime soñoliento el mar,  
 Y el céfiro en las praderas  
 Tibio despertando va.  
 De la sonrosada aurora  
 Con la dulce claridad,  
 Todo se anima y se mueve,  
 Todo se siente agitar:  
 El águila allá en las rocas  
 Con fiereza y majestad  
 Erguida ve el horizonte  
 Por donde el sol nacerá;  
 Mientras que el tigre gallardo,  
 Y el receloso jaguar,  
 Se alejan buscando asilo  
 Del bosque en la oscuridad.  
 Los alciones en bandadas  
 Rasgando los aires van,  
 Y el *madrugador* comienza  
 Las aves á despertar:  
 Aquí salta en las caobas  
 El pomposo *cardenal*,  
 Y alegres los guacamayos  
 Aparecen más allá.  
 El *aní* canta en los mangles,  
 En el ébano el *turpial*,  
 El *cenxontli* entre las ceibas,  
 La alondra en el arrayán,  
 En los maizales el tordo,

Y el mirlo en el arrozal.  
 Desde su trono la orquídea  
 Vierte de aroma un raudal;  
 Con su guirnalda de nieve  
 Se corona el guayacán;  
 Abre el algodón sus rosas,  
 El ilamo su azahar,  
 Mientras que lluvia de aljófár  
 Se ostenta en el cafetal,  
 Y el nelumbio en los remansos  
 Se inclina el agua á besar.  
 Allá en la cabaña humilde  
 Turban del sueño la paz  
 En que el labriego reposa,  
 Los gallos con su cantar;  
 El anciano á la familia  
 Despierta con tierno afán,  
 Y la campana del *Barrio*  
 Invita al cristiano á orar.  
 Entonces, niña hechicera  
 De la choza en el umbral  
 Asoma, que *Flor del alba*  
 La gente ha dado en llamar.  
 El candor del cielo tiñe  
 Su semblante virginal,  
 Y la luz de la modestia  
 Resplandece en su mirar.  
 Alta, gallarda, y apenas

Quince abrilés contará;  
 De azabache es su cabello,  
 Sus labios bermejos, más  
 Que las flores del granado,  
 La púrpura y el coral;  
 Si sonríen blancas perlas  
 Menudas hacen brillar.  
 Ya sale airosa llevando  
 El cántaro en el y *gual*,  
 Sobre la erguida cabeza  
 Que apenas mueve al andar.  
 Cruza el sendero de mirtos,  
 Y cabe un cañaveral  
 Donde hay una cruz antigua  
 Bajo el techo de un palmar,  
 Plantada sobre las peñas  
 Musgosas de un manantial,  
 Arrodillada la niña  
 Humilde se pone á orar,  
 Al arroyuelo mezclando  
 Sus lágrimas de piedad.  
 Luego sube á la colina  
 Desde donde se ve el mar;  
 Y allí con mirada inquieta,  
 Buscando afanosa está  
 Una barca entre las brumas  
 Que ahuyenta ledo el terral;  
 Los campesinos alegres

Que á los maizales se van,  
 Al verla así la bendicen,  
 Y la arrojan al pasar  
*Maravillas* olorosas  
 De las cercas del *bajal*:  
 Que es la bella *Flor del alba*,  
 La dulce y buena deidad  
 Que adoran los corazones  
 De aquel humilde lugar.

1864.





#### LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente  
Los primeros resplandores,  
Dorando las altas cimas  
De los encumbrados montes.  
Las neblinas de los valles  
Hacia las alturas corren,  
Y de las rocas se cuelgan  
O en las cañadas se esconden.  
En ascuas de oro convierten  
Del astro-rey los fulgores,  
Del mar que duerme tranquilo  
Las mansas ondas salobres.  
Sus hilos tiende el rocío  
De diamantes tembladores,  
En la alfombra de los prados  
Y en el manto de los bosques.

Sobre la verde ladera  
 Que esmaltan gallardas flores,  
 Elevan su frente altiva  
 Los enhiestos girasoles;  
 Y las caléndulas rojas  
 Vierten al pie sus olores.  
 Las amarillas retamas  
 Visten las colinas, donde  
 Se ocultan pardas y alegres  
 Las chozas de los pastores.  
 Purpúrea el agua del río  
 Lame de esmeralda el borde,  
 Que con sus hojas encubren  
 Los plátanos cimbradores;  
 Mientras que allá en la montaña,  
 Flotando en la peña enorme,  
 La cascada se reviste  
 Del iris con los colores.  
 El ganado en las llanuras  
 Trisca alegre, salta y corre;  
 Cantan las aves, y zumban  
 Mil insectos bullidores  
 Que el rayo del sol anima,  
 Que pronto mata la noche.  
 En tanto el sol se levanta  
 Sobre el lejano horizonte,  
 Bajo la bóveda limpia  
 De un cielo sereno . . . . . Entonces

Sus fatigosas tareas  
 Suspenden los labradores  
 Y un santo respeto embarga  
 Sus sencillos corazones.  
 En el valle, en la floresta,  
 En el mar, en todo el orbe  
 Se escuchan himnos sagrados,  
 Misteriosas oraciones;  
 Porque el mundo en esta hora  
 Es altar inmenso, en donde  
 La gratitud de los seres  
 Su tierno holocausto pone.  
 Y Dios, que todos los días  
 Ofrenda tan santa acoge,  
 La enciende del Sol que nace  
 Con los puros resplandores.

1863.





### LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas  
En los picos de la sierra,  
Y el sol derrama en la tierra  
Su torrente abrasador.  
Y se derriten las perlas  
Del argentado rocío,  
En las adelfas del río  
Y en los naranjos en flor.

Del *mamey* el duro tronco  
Picotea el *carpintero*,  
V en el frondoso *manguero*  
Canta su amor el *turpial*;

Y buscan miel las abejas  
En las piñas olorosas,  
Y pueblan las mariposas  
El florido cafetal.

---

Deja el baño, amada mía,  
Sal de la onda bullidora;  
Desde que alumbró la aurora  
Jugueteas loca allí.  
¿Acaso el genio que habita  
De ese río en los cristales,  
Te brinda delicias tales  
Que le prefieres á mí?

---

¡Ingrata! ¿por qué riendo  
Te apartas de la ribera?  
Ven pronto, que ya te espera  
Palpitando el corazón.  
¿No ves que todo se agita,  
Todo despierta y florece?  
¿No ves que todo enardece  
Mi deseo y mi pasión?

---

En los verdes tamarindos  
Se requiebran las palomas,  
Y en el nardo los aromas  
A beber las brisas van.  
¿Tu corazón, por ventura,  
Esa sed de amor no siente,  
Que así se muestra inclemente  
A mi dulce y tierno afán?

---

¡Ah, no! perdona, bien mío;  
Cedes al fin á mi ruego,  
Y de la pasión el fuego  
Miro en tus ojos lucir.  
Ven, que tu amor, virgen bella,  
Néctar es para mi alma;  
Sin él, que mi pena calma,  
¿Cómo pudiera vivir?

---

Ven y estréchame, no apartes  
Ya tus brazos de mi cuello,  
No ocultes el rostro bello  
Tímida huyendo de mí.

Oprímanse nuestros labios  
 En un beso eterno, ardiente,  
 Y transcurran dulcemente  
 Lentas las horas así.

---

.....  
 En los verdes tamarindos  
 Enmudecen las palomas;  
 En los nardos no hay aromas  
 Para los ambientes ya.  
 Tú languideces; tus ojos  
 Ha cerrado la fatiga  
 Y tu seno, dulce amiga,  
 Estremeciéndose está.

---

En la ribera del río  
 Todo se agosta y desmaya;  
 Las adelfas de la playa  
 Se adormecen de calor.  
 Voy el reposo á brindarte  
 De trébol en esta alfombra,  
 A la perfumada sombra  
 De los naranjos en flor.

---



LAS ABEJAS

---

Ya que del carmen en la sombra amiga  
 Fuego vertiendo el caluroso estío,  
 A buscar un refugio nos obliga  
 Cabe el remanso del sereno río;  
 Ven, pobre amigo, ven, y descansando  
 De la ribera sobre el musgo blando,  
 Oirás del labio mío  
 Palabras de amistad consoladoras  
 Que calmarán la lúgubre tristeza  
 Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,  
 Tú, cuyos quietos y dorados días  
 Aun alumbra risueña la esperanza;  
 Tú cuya confianza,



Inocentes placeres y alegrías  
Jamás han enturbiado  
Las desgracias impías  
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga  
Con sus preciosos dones la fortuna,  
Tú á quien el mundo seductor embriaga  
Sus flores ofreciendo una por una;  
Tú á quien la juventud, hermosa maga,  
Dulcemente convida  
A disfrutar la dicha tentadora  
Que en sus ardientes frutos atesora  
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto  
Del débil viejo la mejilla abraze,  
Y que la espina del tenaz quebranto  
Su congojado corazón traspase.

Tú, joyen, ¡á gozar! la sangre hirviente  
Sientes bullir aún; la vida es bella,  
Y en sus campos el sol resplandeciente  
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas  
Callando tristemente,  
La dolorida frente?  
¿A la pérfida acaso recordabas?

Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?  
¿Por qué llorando de la vil te alejas?  
¿Qué ventura has perdido?  
¿Qué tesoro escondido  
En ese corazón perjuro dejas?  
¿Por qué cuando en un día,  
Primera vez miraste  
De esa traidora la belleza impía,  
El terrible fulgor no vislumbraste  
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa  
Abriga esa mujer; vicio temprano,  
Como á las gentes que en la corte habitan,  
Ya corrompió su cotazón liviano;  
Si amor á buscar fuiste  
Entre el pérfido mundo cortesano,  
Por eso ahora ¡ay triste!  
Lloras el tiempo que perdiste en vano.  
¡Amor allí no existe!  
Allí cual frescas, perfumadas rosas,  
Al corazón se ofrecen las hermosas.  
¡Ay de quien su perfume  
Aspira incauto, y de confianza lleno  
Pronto en la duda y tedio se consume  
Al negro influjo del mortal veneno.  
Amor no existe allí! . . . . la dulce niña  
Cuando asoma el pudor por vez primera

En su frente de ángel, y su pecho  
 Sincero amando, palpitar debiera,  
 De infame corrupción con el ejemplo  
 No al sentimiento puro le consagra,  
 Porque del oro le convierte en templo.  
 ¿Qué dicha, qué placeres  
 Esperas tú encontrar de esas mujeres  
 En el vendido seno  
 A los ardores del cariño ajeno,  
 Cuando su impura llama,  
 Si nace, solamente  
 Al soplo vil del interés se inflama?  
 Huye la corte, amigo, y la ventura  
 Ven á buscar aquí, do la inocencia  
 Te ofrecerá en la flor de la hermosura  
 Un tierno cáliz de sabrosa esencia.  
 Libando su dulzura  
 Cambiará tu existencia;  
 Del tedio sanarás que te aniquila,  
 Y la virtud amando; suavemente  
 Tu vida pasará cual la corriente  
 De ese arroyo, tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores  
 De ese carmen umbroso y escondido,  
 Afanas buscandolas abejas  
 El néctar delicioso, apetecido?  
 Mira cuál van dejando desdeñosas,

De su brillo á pesar y su hermosura,  
 Las flores venenosas.  
 Ellas buscan quizá las más humildes,  
 Las que ocultas tal vez en la espesura  
 De las agrestes breñas  
 Apenas se distinguen, ó en la oscura  
 Grieta se esconden de las duras peñas:  
 Ellas no creen que al ostentarse ufanas  
 Aquellas que parecen  
 Con mayor altivez y más colores,  
 Sean también las que ofrecen  
 Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,  
 Pobre insecto, es verdad, pero dotado  
 Por el pródigo cielo  
 De un instinto sagaz y delicado;  
 Y en el jardín del mundo,  
 Si el néctar de la dicha librar quieres  
 Para endulzar las penas de la vida,  
 Deja la flor pomposa, envanecida,  
 Que á la virtud con su soberbia insulta;  
 Busca á la que se oculta  
 Viviendo entre las sombras recogida.  
 Una infame y perjura cortesana  
 Tu corazón sedujo; tú la amaste,  
 Y alimentando tu pasión insana  
 Tu puro corazón envenenaste.

Olvídala, y que presto,  
Ya despertando de tu error funesto,  
Puedas hallar la miel de los amores  
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra  
Nuestras montañas y risueños prados,  
La que garbosa con diadema negra  
De cabellos rizados  
Su tersa frente candorosa ciñe,  
Que el alba pura con sus lampos tiñe;  
La de los grandes y rasgados ojos,  
La de los frescos labios purpurinos  
Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas;  
La de turgentes hombros y divinos,  
Que la Venus de Gnido envidiaría;  
Mírala, ¿no enloquece tu alma joven.  
Como hace tiempo enloqueció la mía?  
¿La faz de tu perjura es comparable,  
Y su pálida tez marchita y fría  
Do la salud y la color simula  
Comprado afeite, con la faz rosada  
De esta virgen del bosque,  
Do la sangre purísima circula  
Con el calor y el aire de los campos,  
Y con la grata esencia  
Que en su redor esparce la inocencia?  
Díme, ¿á apagar su fuego esa mirada

Con el ansioso labio no provoca?  
¿Quién al verla sonriendo no querría  
Libar la miel de su encendida boca?  
¿Quién no deseara con delirio ciego  
Estrecharla en sus brazos un instante?  
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego  
Sino en su seno blanco y palpitante?  
¿Y dónde hallar la dicha que asegura  
Su fe constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca;  
Abeja del amor, y no te cuida  
De los torpes placeres  
Que te ofrece la corte corrompida,  
Si el néctar de la dicha libar quieres  
Para endulzar las penas de la vida.

1854.





## LAS AMAPOLAS

Uror.—Título.

El sol en medio del cielo  
Derramando fuego está;  
Las praderas de la costa  
Se comienzan á abrasar,  
Y se respira en las ramblas  
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,  
Y en el sombrío manglar  
Las tórtolas fatigadas  
Han enmudecido ya;  
Ni la más ligera brisa  
Viene el bosque á jugar.

Aitmirano.—4

Todo reposa en la tierra,  
 Todo callándose vá,  
 Y sólo de cuando en cuando  
 Ronco, imponente y fugaz,  
 Se oye el lejano bramido  
 De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,  
 Entre el verde carrizal,  
 Asoma una bella joven  
 De linda y morena faz;  
 Siguiéndola va un mancebo  
 Que con delirante afán  
 Ciñe su ligero talla,  
 Y así le comienza hablar:

—“Ten piedad, hermosa mía,  
 Del ardor que me devora,  
 Y que está avivando impía  
 Con su llama abrasadora  
 Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,  
 Todo lánguido desmaya,  
 Todo gime soñoliento:  
 El río, el ave y el viento  
 Sobre la desierta playa,

Duermen las tiernas mimosas  
 En los bordes del torrente,  
 Mustias se tuercen las rosas,  
 Inclinando perezosas  
 Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros  
 Los floripondios tostados;  
 Tibios están los senderos  
 En los bosques perfumados  
 De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas  
 De calor desvanecidas,  
 Humedecen sus corolas  
 En las cristalinas olas  
 De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece  
 Yo me abraso de deseos;  
 Mi corazón se estremece,  
 Y ese sol de Junio acrece  
 Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;  
 En busca de sombra vamos  
 Al fondo del bosque umbrío,  
 Y un paraíso finjamos  
 En los bordes de ese río,

Aquí en retiro encantado  
Al pie de los platanares  
Por el remanso bañado,  
Un lecho te he preparado  
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura  
Sobre la espalda morena;  
**Muestra** la esbelta cintura  
Y que forme la onda pura  
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;  
Confundamos nuestras almas  
En un beso, en un aliento.....  
Mientras se juntan las palmas  
A las caricias del viento,

Mientras que las amapolas,  
De calor desvanecidas,  
Humedecen sus corolas  
En las cristalinas olas  
De las aguas adormidas."—

Así dice amante el joven,  
Y con lánguido mirar  
Responde la bella niña  
Sonriendo..... y nada más.

Entre las palmas se pierden;  
Y del día al declinar,  
Salen del espeso bosque,  
A tiempo que empiezan ya  
Las aves á despertarse  
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde  
Tornando á la vida va;  
Y entre los alegres ruidos;  
Del Sud al soplo fugaz,  
Se oye la voz armoniosa  
De los tumbos de la mar.

Junio, 1858.

